

UNA LECTURA DE «MISERICORDIA»*

Al leer «Misericordia», de Luis Rosales, se ve que es un poema ambivalente, en el sentido radical de la palabra, es decir, que tiene dos fuerzas o valores. A primera vista, recuerda la gran tradición mística de San Juan de la Cruz y de Santa Teresa de Jesús: parece que el poeta procura entrar en la vía unitiva, la total pérdida del yo en Dios. Sin duda, hay en el poema el tema conocido de «nada, nada, nada en el camino, y en el monte: nada». No obstante, un estudio cuidadoso sugiere un contratema de interés todavía mayor, el cual distingue al contemporáneo buscador de Dios de sus predecesores clásicos, y además demuestra la originalidad y la importancia actual del poema. Veamos su desarrollo.

Rosales crea una imagen poética de Dios que es al mismo tiempo sublime e íntima, superior al tiempo, y que lo penetra todo completamente. La palabra del poeta, poderosa y frágil, evoca, con extraordinario primor, lo inefable y lo infinito, muchas veces mediante la yuxtaposición de conceptos opuestos: por ejemplo, en el verso siguiente:

gravitación de horizontes en sereno equilibrio.

Aquí el movimiento y la inmovilidad se juntan en una sola frase, para expresar la unión de fuerzas contrarias dentro de un poder mayor que cualquiera de los dos. Este Dios a quien el poeta se dirige es verdaderamente supremo; no es ningún «papá Dios», sino que es el Jehová de quien Thomas Merton ha escrito: «Me despierto por la noche y sudo de terror pensando que me he atrevido a llamarle el 'Ser Supremo'».

Más allá de todo pensamiento humano, hay que figurarle por medio de contradicciones, una técnica bien conocida a través de la tradición mística. Más allá de la lógica, hay que expresarle por frases irracionales, fuera del raciocinio de este mundo. Es entonces, según Rosales, «total forma gozosa», «presencia sin instante», «brisa sin norma» y, sobre todo, «Amor sin determinaciones». De hecho, ésta es la Divinidad pura e inefable a quien los místicos del Siglo de Oro se acercaron.

Cuando el poeta escoge una imagen más concreta, dentro de nuestra

* Quisiera expresar mi agradecimiento a don José Martínez, quien ha leído el manuscrito de este estudio y ha ofrecido valiosos consejos.

experiencia, elige de la naturaleza la imagen de la nieve, pero no es una metáfora propiamente dicha. El Señor no es «como la nieve», sino que ésta se ve como su propio ambiente. Es sorprendente la imagen, sobre todo cuando el poeta la compara a otra figura más conocida, la del mar. Sin embargo, al analizarla, se ve que Rosales, como su llorado amigo Leopoldo Panero, ha acertado al escogerla. Porque, ¿qué es la nieve, como el hombre la experimenta? Es forma perfecta, pero desaparece cuando se trata de conservarla entre las manos. No es posible poseerla, apoderarse de ella, como es imposible que la mente del hombre se apodere de Dios. Es la nieve supremamente libre, viene de súbito, nos toca con su hermosura, y se va. Es pura, y cuando descansa sobre las cumbres se la ha llamado «eterna». Es entonces un excelente medio para meditar en lo Divino, mucho mejor que el mar, según explica el poeta. Porque el resplandor del mar es

oculto brillar de premura en acopio;

el mar esconde profundidades impuras debajo de su gloria superficial y, por su misma naturaleza, está siempre en un estado de cambio. Mucho mejor la nieve.

Desde el principio de la obra, Rosales indica que no es ningún novicio en la búsqueda del Señor. Su esfuerzo no es ya la lucha inicial para desprenderse de los gozos de la carne, ni de los bienes materiales; más bien se acercará al Señor mediante los dones suyos más puros, más espirituales:

— el silencio, total y divino como el que precedía la Creación, cuando el Amor existía en sí mismo y por sí mismo, «el amor sin nada»;

— el llanto, el don de los santos, prueba de humildad y de arrepentimiento;

— el dolor, el misterio siempre aceptado por los ascetas como la vía de santidad;

— y el consuelo más caro del poeta, la soledad.

Cada uno es descrito con la palabra poética que comunica, es más, que crea para el lector la verdadera fuerza y la belleza de su valor:

Silencio:

*Fue cántico la vida, porque el silencio era
sobre el haz de las aguas la unidad de las cosas.*

.....

He aquí que el silencio es amor.

Llanto:

Era el llanto, Señor; la oración de la carne.

Dolor:

*Oh, Señor, transido en dulcedumbres,
¡el dolor es la llama de tu visitación!*

Soledad:

*ella es el principio y el fin de las cosas,
la memoria y la tumba, la culpa y la gracia.*

Empero, y aquí es donde Rosales muestra la gran originalidad de su concepto religioso-poético, cada uno de estos dones sublimes se ve sacrificado, devuelto al que se los regaló, «perdido». Cada uno tuvo sus defectos. El amor en silencio era «amor sin nada». No bastaba para Dios, y ¿quién es el hombre que se atreve a anhelarlo? El don del llanto era, al fin y al cabo, vanidad: un deseo de autoconocimiento y de compunción, cuando incluso la sinceridad engaña, ya que nadie sino Dios conoce los secretos del corazón y sus impurezas. Sólo el dolor no tiene ningún defecto, menos el mismo misterio de su existencia; es de veras «la llama de su visitación» y, con todo eso, también será sacrificado.

La soledad es evocada con toda la fuerza de una vida de anhelo. Los otros valores son magníficos, pero éste, tanto tiempo deseado y buscado por el poeta, supera a todos, en lo que se refiere a la profundidad y la anchura de la aspiración espiritual. Aquí, la palabra poética crea un sentimiento irresistible del poder, despertando el ansia humana hacia la infinitud y la omnipotencia, hasta que los últimos versos traen el dulce alivio, el aligeramiento del opresivo peso corporal, el «descendimiento de la cruz». La estrofa así obtiene un perfecto equilibrio emocional, y todavía termina con un sentido de gloria y de poder iguales a los comunicados a su principio.

Ahora el poeta puede estallar todo este microcosmo, tan cuidadosamente construido, con el verso siguiente:

Y he aquí que era la soledad mi última tentación.

El efecto es total. Dentro de la tradición religiosa hebreo-cristiana, de la cual saca la obra su simbolismo fundamental, el concepto de «última tentación», junto al de «descendimiento de la cruz», ha de recordar los escarnios sufridos por Jesucristo mientras colgaba de la cruz, el «Baja de la cruz y te creeremos», palabras que constituyeron de verdad

su última tentación. Se comprende que si lo hubiera hecho, entonces no habría ni Redención ni cristianismo ni este poema de Luis Rosales.

Gran poesía ésta, que, por la yuxtaposición de dos versos es capaz de comunicar la plena fuerza emocional de una profunda experiencia personal: la soledad, magnífica, poderosa, austera, sería un descendimiento de la cruz, pero el que busca al Señor ha de saber que el bajar de la cruz antes de que llegue la muerte es una tentación, que no una victoria. El poeta experimenta esto, y así sacrifica también la soledad, su «última tentación».

Todo es consumado, pues. Nada ha sido retenido: todo queda dado, y con el refrán patético del doloroso sacrificio, el poeta se asegura que no llora lo perdido porque nada se pierde. ¿Cabe mayor nobleza espiritual? Claro está que este hombre merece la eternización del momento de su abandono total a Dios:

*Te pido que eternices
la hora mansa y la paz de mi entrega absoluta.*

El estudiante de los místicos espera a estas alturas un arrobamiento, pero no hay tal cosa. El poeta no siente ni una flecha llameante en el corazón, ni la convicción de descansar sobre el pecho del Amado, entre las azucenas. La respuesta a toda su entrega y a su ruego es, precisamente, nada, y el poema termina con la postración, que no la levitación, del poeta humano; dolorosamente sabedor de su humanidad, se da cuenta al fin de la imposibilidad de «comprar» la vía unitiva mediante cualquier sacrificio, por espiritual que sea.

A lo largo del poema, el autor nunca ha perdido de vista su propio ser, nunca ha querido disolverse ni aniquilarse, nunca ha negado ni rechazado ningún aspecto limitante ni humillante de su condición de hombre: ni el tiempo presente:

Tú sabes que yo nunca he negado el presente.

ni el tiempo pasado:

*sin saber nada, sin desear nada
pero también sin olvidar nada*

ni la imposibilidad del autoconocimiento:

Nada me ha engañado tanto como mi sinceridad.

ni el dolor, con su descripción tan conmovedora:

*Ese dolor—conmovido y callado— que tienen los
puertos y las manos de los locos.*

ni el miedo, con el cual comienza su búsqueda:

esta ascensión callada por la fiebre del pánico

y que todavía queda al final:

una sola palabra de temblor aterido.

Este conocimiento de sí mismo y esta aceptación de la finitud constituyen un contrapunto a cada tentación a rechazar los límites, y es esta convicción existencial, este sentido fundamental de su humanidad, esta «Sí» total a su condición de hombre, que nos ofrece la nota final y que distingue a Rosales definitivamente de los místicos del Siglo de Oro. La suya es una visión distinta, y me atrevo a decir que de mayor importancia en la época contemporánea, cuando Dios se está revelando mediante su silencio y su ausencia, y cuando el hombre va descubriendo el valor y la verdad de sus límites,

... «humanamente solo».

NOTA

Parece, a la luz de esta lectura del poema, que Rosales da también una interpretación nueva a los versos bíblicos que ha escogido como epígrafe:

Misericordia quiero y no sacrificio.

En un poema que describe a un hombre, quien, después de hacer los sacrificios más santamente nobles, se encuentra tan necesitado como antes, la frase ha de significar que el Señor requiere no el sacrificio, del cual el hombre puede sentirse sutilmente orgulloso, sino la convicción de que le hace falta el don gratuito de Dios, esto es, la misericordia. El contexto evangélico apoya esta sugerencia, ya que Cristo citó la frase a los fariseos, a quienes constantemente condenaba por su religiosidad hipócrita. El fariseo que rezaba en el templo, enumerando sus buenas obras y sacrificios, no encontró el favor de Dios. El publicano, pecador que sólo pidió misericordia, fue justificado ante el Señor. El poema de Rosales sondea las posibilidades de las dos actitudes en el alma compleja del hombre del siglo xx dando luz nueva a la verdad eterna.

EILEEN CONNOLLY

MISERICORDIA

I will have mercy and not sacrifice.

(ST. MATTHEW, XII, 7.)

Lord, Lord!
heart of horizons balanced in calm!
Beach of solitude, where sea and sky were statues!
Meek silence. Gentle herb. Rest to my eyes!

You know I have never denied the present.
And present time was You, when I sought You
in the corners of my wounded eyes,
in the living thrust of waters drenched with sky,
and in the snow.
You, Lord, undetermined Love, momentless Presence!
You, Lord,
in the absolute snow.

Never in the sea!
for the sea bears us far from You,
isolates us, gods upon the sandy beach,
with its dark brilliance of hasty harvest,
with the voiceless plea of every sense.
Never in the sea!
— tepid pagan song of number and rose —
for the sea breaks its line lest it mirror heaven,
and I seek you, Lord, God of mercy,
my eyes brimming tears,
knowing nothing, desiring nothing,
yet also forgetting, nothing,
that I might abandon myself to You!
Quench my smile, exchange it for joy,
that vast and precise happiness which neither disturbs nor offends.
Quench my smile, Lord, now at the start
of this silent ascent through fevers of fear.
Tell me, tell me, Lord, about this joy of mine.
Why my voice tastes of wood when I name You.
Why a man's body under the sun unfolds in shadow.

Tell me, O spent Light, O Quiet Coming,
what kind of flaming vision do we call love?
Since by being myself that I will be renewed,
Your will be done in me, my God!

Behold, the first of Your gifts was silence.
There was silence.
Leafless land in the trembling night.
Then, only Your eyes between being and nothingness.
What proof of love moved your tongue?
There was silence,
all the earth in ecstasy like a shadowed sea.
It was the song of life, for silence was
over the face of the waters the unity of all things.
Understand
that silence is like a motionless prayer,
like a heart's bleeding.
Hear, O mountains, islands, seas:
Behold, silence is love.
I place it at your feet, and with it the pledge of standing firm in the
I weep not for what is lost, Lord; nothing is lost. [pure instant.

Behold, now I have a love
abandoned to being pure supreme instant.
A love
whose presence alone was already a prayer.
The blindness of the waters was but transition in its eyes.
On its skin
the resonant throb of a lily's fragrance.
All for You, Lord, total joyous form,
for love is like a great desert filled with your presence,
kneeling sky, shoreless sea, and dawn,
its world-solitude calmed the winds.
All for You, Lord, pure, normless breeze,
vivid, gentle, grave, transparent, and wounded.
The foam must be ruled, the waters run free.
Hear, O mountains, islands, seas:
There was love
with nothing more.
The limitless miracle of its self-containment!
I give it into your hands of snow and my own tears.
With it I offer you the whole universe.
I weep not for what is lost, Lord; nothing is lost.

And still you offered me the gift of tears.
It was the impotence to be as you wished,
it was shadow of humility, Christian certitude of feeling myself
it was vanity of perfection, saying: [incomplete,
I will not mock pain.
It was weeping, Lord, the prayer of the flesh,
You alone can know this impurity of mine.
Nothing has deceived me so much as my sincerity.
I weep not for what is lost, Lord; nothing is lost.

Behold, pain is still mine.
That pain — disturbed and silent — held in the shelters and hands
My ear and my tongue forget the words. [of the mad.
Pain wastes my satisfied, tranquil body.
I ask, I, always so unconsolated,
born of woman, born forever,
forever, Lord, by the light of your mercy,
I ask, «What is pain?»

Hear, O mountains, islands, seas:
I will not speak with bitterness of spirit,
for pain is not your body's shadow, but your body itself,
your crystal body kindled so clear!
O Lord, spent in delights,
pain is the call of your coming!
I place it at your feet, and with it my solitude.
Solitude where men eternalize their limits,
above and beyond, pouring over us,
evening blood raised high, insistence in dream,
beginning and end of all things,
memory and sepulchre, guilt and grace.
The palm of its hand played with the world like a grain of sand.
And solitude was
like the loosening of his body's weight for man crucified,
vision so sustained, presence of Grace!
New descent from the cross for man!

And behold, solitude was my last temptation.

You hear me, Lord, divine number,
total joyous form, momentless presence.
You make the sun roll along the day slope,

You have seen without shadow the brilliance of the sky,
You who steady my feet on the passing earth,
You who have placed on my anguished human lips
a single trembling word of terror.
I return it all to you, that I may be naked,
and now, voiceless before you, I beg you eternalize
the meek hour and the peace of my absolute gift.
I weep not for what is lost, Lord; nothing is lost.
Hear, O mountains, islands, seas:
Thanks to you, Lord, for this total serene nothingness offered to
my unrest!

Without a tremor,
humanly alone,
I beg mercy, Lord, mercy.

(Traducción de EILEEN CONNOLLY)